

El gran sobresalto

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 28.09.08

Escribo como uno de tantos ciudadanos de a pie para quienes la teoría y la práctica de la economía se les resisten. Por esto preferiría ahorrarme la osadía de entrar en esta materia por la que siento el respeto - también el miedo- que causa al hombre común todo lo que es hermético, que a veces parece laberíntico y puede que con puntos de esotérico. Pero cuando la economía lo invade todo y da síntomas alarmantes de estar a la merced de algún seísmo de tanta magnitud que puede producir un desastre capaz de alcanzarnos a todos, entonces, es obligado ponerse en guardia.

La primera reacción es de desconfianza: en los gurús de la ciencia económica; en la dogmática de que la economía de mercado responda a la misma necesidad de las leyes naturales; en la doctrina de que el mundo económico ha de regularse por sus propios medios. Cayó con el comunismo un falso ídolo y las aguas incontenibles del mercado invadieron el mundo entero. Se presentaba como la llegada de la buena nueva económica, por fin a nivel mundial. El mercado sin límites, sin contrapesos.

Y, de pronto, el gran sobresalto: el gran manitú de la desregulación, el presidente Bush, dispone en un día, en unas pocas páginas escritas y sin previo aviso que el Estado federal va a poner sus manos en varias de las más poderosas empresas financieras. Bush, el neocon por excelencia, que oficiaba desde la Casa Blanca las prédicas al mundo de derribar muros y fronteras para no impedir el libre movimiento de capitales y empresas, de

repente hace caer el peso de lo público sobre lo privado. O esto, vino a decir, o el desplome total. ¿De nuevo el Gran Gobierno, el tan temido y odiado recuerdo del presidente Franklin Delano Roosevelt y su new deal?

Se ponen en pie todos los fantasmas que parecían exorcizados para siempre. ¿Es el crac del 29, la Gran Depresión? Estábamos acostumbrados a aquello de los ciclos económicos inevitables, de sus altos y bajos, en definitiva amortiguados o resueltos, supuestamente para bien, por la magia de la autorregulación del mercado. Pero lo de ahora no parece tan llevadero.

Todo dogmatismo tiene sus ritos, sus mitos. Y un lenguaje de lo sagrado. El capitalismo dispone de algunos de ellos recurrentes y portadores de una cierta magia. Además de los purgativos ciclos económicos, las bondades del beneficio en una cara; en la otra, la peripecias del riesgo. La ecuación nunca acabada de resolver entre riesgo y seguridad en el manejo del capital que se presta a toda suerte de manipulaciones y cálculos erróneos. Hay quien sube, hay quien baja. Unos ganan, otros pierden. Es un darwinismo contra el que rebelarse se ha considerado estúpido, totalmente inútil y hasta impropio por irreal. Pero sobran motivos para no verlo tan claro cuando súbitamente el riesgo, al que Stiglitz llama "estrella del sistema", no funciona. Y el padre Estado, tan denostado, ha de avanzar sus manos protectoras. La gran herejía para el "fundamentalismo de mercado" del que también habla Stiglitz. ¿Entonces, a qué jugamos? Surge, inevitablemente, la versión del profano: esto es privatizar los beneficios y socializar las pérdidas. Y aquello de que "menos gobierno no es mejor gobierno".

El duro golpe, "pinchazo" en la pluma de más de un comentarista, ha sido tan fuerte que se muestran como logográficas muchas de las palabras sacras y reverenciales del sistema. Por ejemplo, "ingeniería financiera". Pretender la comprensión de sus métodos es meterse en un mundo de tan alambicadas combinaciones que conduce a la conclusión de que se ha estado vendiendo y comprando humo. Y que, ahora, una ventolera se lo ha llevado.

La alarma se agudiza cuando se adivina la muy posible actualidad de algunas aseveraciones de John K. Galbraith en su libro El crac del 29. Una, que estremece, cuando denuncia la "escapada en masa al mundo de lo irreal". O: "Nadie, sabio o ignorante, sabe ni ha sabido nunca cuándo son de esperar o deberían haber tenido lugar las depresiones". ¿Cómo es posible llegar a una situación extrema como la de ahora y que sólo un reducto de heterodoxos menospreciados haya pronosticado un cáncer que ya ha entrado en periodo de metástasis según algunos entendidos?

Lo más inquietante es que el sistema estuviera corrompido por dentro hasta el extremo de que su nomenclatura - ejecutivos y consejeros de Administración- trabajara para el beneficio, no de la empresa, sino de ellos mismos. Un fraude gigantesco y sistemático. ¿El capitalismo especulativo lleva en su entraña los gérmenes de su destrucción y va a contaminar a todo el sistema capitalista, el de la producción y el crecimiento? ¿O también este último estaba ya viciado en parte, provocando consecuencias sociales claramente abusivas y dañinas? La magnitud de estas presunciones se proyecta en el estremecimiento del mundo político norteamericano, precisamente en los momentos álgidos de la campaña electoral para la presidencia. Por esto el debate parlamentario sobre aprobar o no la drástica medida de Bush se ha

prolongado durante tensas y dramáticas horas en el Capitolio de Washington.

El mundo entero está pendiente de estas sesiones. Con la sospecha inquietante de que su resultado no asegure la evitación de una catástrofe al no atajar el mal desde su raíz. Porque Estados Unidos sufre y ha exportado, en varios aspectos, comportamientos nocivos que exigen una terapia valiente.